



ABISINIA.—ALUMNOS DEL COLEGIO DE ALITIENA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 256)

CARTAS DE MISIONEROS

AUDIENCIA DE S. S. PIO X

AL R. P. HECK, MISIONERO MARIANITA EN EL JAPÓN

El R. P. Lebón, superior de los Marianitas, nos envía la siguiente relación de la audiencia concedida por el Sumo Pontífice el 10 de Octubre último, al R. P. Heck, marianita, profesor de Literatura francesa en la Universidad imperial de Tokio. Con mucho gusto la publicamos, creyendo será del agrado de nuestros lectores:

CARTA DEL RDO. P. HECK

Fuí introducido en el despacho de Su Santidad por el Procurador General de la Sociedad de María, en Roma, el Rdo. P. Subiger.

El Padre Santo de pie, radiante de blancura su sotana, nos invitó á sentarnos á su lado. Yo estaba vivamente emocionado.

—Has pasado diecisiete años en el Japón, me dijo con encantadora sencillez: ¿cómo andan las cosas por allí?

Esforcéme para dominar la emoción que me embargaba, y sonriendo á través de las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos, contesté:

—Santísimo Padre, actualmente todo marcha bien en el Japón. No todo es perfecto, claro está; pero en su conjunto el actual estado de cosas es satisfactorio.

—¿Os reciben bien los japoneses?

—Sí, Santísimo Padre; y por lo que á mí se refiere, debo deciros que estoy contentísimo de ellos, tanto de mis colegas de la Universidad como de mis alumnos. Los japoneses son en general muy amables y corteses.

—¿Y qué actitud observan frente al Catolicismo?

—Los japoneses son muy tolerantes, y respetan el Catolicismo y también las sectas ó herejías. Debo añadir que las Autoridades sienten simpatías por el Catolicismo, cuya jerarquía y disciplina admiran.

—*Deo gratias!*

—Vuestra Santidad sabe, sin duda, que la Sociedad de María ha fundado numerosos centros de enseñanza en el Japón.

—Perfectamente. ¿Y progresan estas escuelas?

—Mucho, Santísimo Padre, en especial la de Tokio, que cuenta ochocientos alumnos.

—Magnífico es el resultado, y felicito por él á la Sociedad de María. ¿Estáis contentos del espíritu de vuestros alumnos?

—La generalidad pertenecen á buenas familias y son muy estudiosos.

—Ya sé que los japoneses son estudiosos. Conocí en Venecia á un joven japonés alumno de la Escuela superior de Comercio. Uno de sus profesores me decía que era un estudiante excelente, aplicado, activo, el más serio de la Escuela.

—No me sorprende, respondí; y creo que sucede lo mismo con la mayor parte de los jóvenes que el Gobierno japonés envía anualmente á Europa, á estudiar en las grandes Universidades y Escuelas superiores.

—¿Tenéis católicos entre vuestros alumnos?

—La mayor parte son hijos de familias todavía paganas; pero no faltan hijos de familias católicas. Cuando abandoné el Japón, en Abril último, en la escuela de Tokio había 71 católicos y 29 catecúmenos; ahora

31 DE NOVIEMBRE DE 1908

deben haber más. Cada año, algunos de nuestros alumnos paganos piden estudiar nuestra Religión. Les instruimos con el mayor celo, previa la autorización de sus padres, y cuando les creemos ya dispuestos para ello les bautizamos. En general, estos jóvenes continúan sus estudios en los Liceos superiores y en la Universidad; y de aquí que la influencia católica avance paulatinamente en las altas esferas sociales é intelectuales.

—¡Ah! exclamó el Papa; hacéis una obra excelente; me consuela saber que obtenéis tan hermosos resultados. Pero ¿no hay en el Japón ningún establecimiento católico de enseñanza superior?

—Todavía no, Santísimo Padre. Pero pronto los Padres Jesuitas, á quienes Vuestra Santidad ha enviado al Japón, llenarán este vacío. En cuanto las circunstancias se lo permitan, inaugurarán una Escuela superior y luego una Universidad propiamente dicha, que podrá ser el coronamiento de la enseñanza católica en el Japón.

—Muy bien. Allí trabajan, y estoy enterado de sus obras, Dominicos, Franciscanos y Trapenses.

—Cierto, Santísimo Padre, y todos de acuerdo con los Padres de las Misiones Extranjeras y bajo la dirección de sus respectivos Obispos, luchan con ardor para lograr que el verdadero Dios sea conocido, y amado su Divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ojalá logréis convertir el Japón al Catolicismo!

—Santísimo Padre, este es el objeto supremo de nuestros ardientes deseos y de nuestros constantes esfuerzos. He dicho á Vuestra Santidad que las escuelas católicas del Japón viven vida próspera, y es verdad. Desgraciadamente, los auxiliares indígenas que nos vemos obligados á emplear, son casi todos paganos, y ello, á pesar de que son hombres de buena voluntad, ofrece serios inconvenientes. Para reemplazarlos cuando nos abandonen, la Sociedad de María ha resuelto fundar una Escuela Apostólica, destinada á formar, no sólo sacerdotes y Religiosos, sino también profesores cristianos. Esta obra, establecida en Urakami, ha sido aprobada por todos los Obispos del Japón, y Vuestra Santidad ya se ha dignado bendecirla. Los pobres cristianos de Urakami y de los alrededores, dignos descendientes de los antiguos cristianos, dan gustosos uno de sus hijos «al Señor,» como dicen ellos; pero los dan... como Dios los hizo.

—¡Ah! ¡ya comprendo! interrumpió sonriendo Pío X; y vosotros tenéis que vestirlos, mantenerlos é instruirlos por amor de Dios.

—Sí, Santísimo Padre, nosotros debemos correr con todos los gastos de la educación de estos niños. Generosos católicos del mundo entero nos ayudan; numerosos fieles, entre ellos algunos Obispos y Cardenales, se han complacido enviando limosnas para esta obra. Si Su Santidad se digna permitírmelo, iré á llamar á la puerta de su limosnero.

—Os lo permito gustoso, respondió el Pontífice; iremos juntos á ver al limosnero del Papa. Pero antes, ¿tenéis que pedirme algún otro favor?

Animado por tanta benevolencia, le presenté tres fotografías, que destinaba, una á la Escuela apostólica de Urakami, otra á la Escuela de Tokio, y la última á

mi anciano padre y demás miembros de mi familia, y rogué á Su Santidad se dignara escribir algunas palabras al pie de cada una.

—¡Ah! ¿Tenéis padre todavía? me dijo entonces el Sumo Pontífice.

—Sí, Santísimo Padre; tiene 82 años; es un buen cristiano, fiel amante de la Iglesia y de su Jefe.

—Pues le diréis que el Papa le bendice, ruega por él y le desea aún dieciocho años más de vida. Bendigo también á los demás individuos de vuestra familia.

Y entonces, con su acostumbrada sencillez, Pío X se puso á escribir los autógrafos pedidos. Cuando los hubo escrito, me dijo sonriendo:

—Vamos ahora á llamar á la puerta del limosnero del Papa.

Y tomando una llavecita, abrió un cajón á la derecha de su mesa de trabajo, y sacando una pequeña bolsa llena de monedas de oro, me la regaló. Era el regalo que el Prisionero del Vaticano, pobre y despojado de sus bienes, hacía á los pobres niños japoneses de la Escuela de Urakami.

—¡No sabía que el limosnero del Papa estuviera tan cerca de él! exclamé emocionado y sorprendido á la vez.

—¡Ah! me contesta humildemente el Sumo Pontífice; ¡No tengo necesidad de tantos servidores!

De nuevo dí las gracias al Sumo Pontífice por su paternal bondad, y me retiré con el alma inundada de júbilo y henchida de agradecimiento.

THAI-BINH (TONKIN CENTRAL)

El R. P. Fr. Marcos Gispert, de la Orden de Predicadores, nos escribe, en fecha 21 de Septiembre, la siguiente carta que muy de veras recomendamos á la caridad de nuestros lectores. Los católicos de cada nación, aun cuando socorren indistintamente á todas las Misiones católicas del mundo, muestran, sin embargo, un interés especial para las confiadas á misioneros compatriotas suyos. Esto es lo que complacería de veras á *Las Misiones Católicas*: ver que en cuanto una obra de misioneros españoles sufre por falta de recursos, y hace desde estas páginas oír su voz, pidiendo limosnas, acudiesen á ella nuestros lectores más especialmente que á otra, evidenciando así á nuestros misioneros que sus compatriotas admiran sus obras de celo y se complacen cooperando á ellas:

Por un número de *Las Misiones Católicas* del año pasado ó principios de éste, en el que se publicó una carta del R. P. Muñagorri, hoy digno Vicario Apostólico de nuestro Vicariato central de Tonkín, ví que estaba V. enterado de la precaria situación del Asilo de ancianos, que tenemos en la villa de Tháí-Binh, en el Tonkín. En esa carta, á que me refiero, se decía la módica subvención que se necesita para socorrer con larga mano y hacer que mejoren de condición multitud de pobres tonkinos que, ó sea porque ya son demasiado ancianos y no tienen ni fortuna ni hogar, ó bien sea porque entran en el número de los que la soberana voluntad del Criador ha destinado á soportar en gran parte el peso de las miserias de la humanidad pecadora; andan arrastrándose por los caminos, por las villas y aldeas, pobres, ciegos, cojos, baldados, mendigando un puñado de arroz, para conservar por algunos días más su mísera existencia. En verdad que esto da pena y parte el corazón, pero para nosotros los cristianos, aún hay otra cosa que nos hace doler más del estado infe-

liz de esos desgraciados; y es, que la gran mayoría de esos pobres son gentes que no conocen la bondad de nuestro Dios: y, sin embargo, son ellos también criados como nosotros para el cielo, y dotados de una alma inmortal, rescatada con la sangre del adorable Redentor Jesús. No tienen idea de su dignidad, ni conocen el fin para que fueron criados, porque no hay quien se ocupe de ellos, ni tampoco ellos tienen medio alguno para hacerse instruir á causa de su nómada vida, y faltos de una persona caritativa que les tienda la mano.

Estos tristes pensamientos habían conmovido profundamente el buen corazón de nuestro muy amado señor Vicario Apostólico el Rdo. P. Muñagorri, cuando él estaba al frente de la parroquia ó distrito de Tháí-Binh; por lo que determinó fundar un asilo para el socorro de esos necesitados, á pesar de no contar con recurso ninguno; sólo confiado en la Divina Providencia puso manos, como pudo, á la obra; y en verdad que Dios Nuestro Señor le ha ayudado y secundado sus deseos, si no de una manera ya completa y perfecta, pero sí bastante satisfactoria, pues hasta el presente no son pocos los infelices que han encontrado en nuestro Asilo la salud del alma, después de haber sido cuidados en sus dolencias corporales como hijos queridos, mientras estuvieron en este mundo. Al presente tenemos unos treinta que, en medio de sus desgracias, se consideran muy felices por haber encontrado en nuestra casa un albergue, y el sustento que el mundo no les daba; con lo que cualquiera comprende que no es pequeño el alivio que experimentan.

Sin embargo, nosotros aún sentimos en el alma no poder llevar á cabo las cosas que juzgamos sumamente necesarias: la primera es que por falta de recursos no podemos ensanchar nuestro Asilo para poder dar cabida á muchos más, y la segunda, que por la misma razón no podemos hacernos con algunos campos para tener asegurada para largo tiempo su vida. Todo lo que podemos recoger, á pesar de la buena voluntad de los bienhechores, es apenas suficiente para la manutención de las dos Hermanas que cuidan del Asilo y de los treinta pobres que tenemos en él recogidos.

Me he creído, pues, en el deber de llamar á las puertas de la caridad pública en favor de esos desgraciados, ya que por mandato de la obediencia he sido el destinado á substituir al Sr. Muñagorri en el distrito de Tháí-Binh; y para ese fin, nada más á propósito que dirigirme á los amigos de *Las Misiones Católicas* pidiéndoles se acuerden de esta obra santa y acudan á su ayuda.

Hermosa por cierto es la práctica de la caridad cristiana. Nuestro Señor nos ha enseñado que la única razón que se dará á los escogidos el día del juicio final para satisfacer á su admiración al verse tan honrados será la respuesta del Divino Juez, quien les dirá: «Todo cuanto hicisteis á uno de mis pequeñuelos, á Mí lo hicisteis.» ¿Quiénes son los pequeñuelos de Nuestro Señor? Sin duda ninguna que estos son los pobres, los humildes, los enfermos, los huérfanos y todos los que el mundo tiene por desgraciados. Pues á éstos precisamente es á quienes el Divino Salvador ha prometido el reino de los cielos diciendo: «Bienaventurados los que sufren.» No quiere decir esto que Jesucristo haya ex-

*

cluido de él á los ricos; sólo que para que éstos puedan tener parte en la gloria, les aconseja el Divino Maestro, que se procuren muchos amigos, haciendo buenas obras, socorriendo á los necesitados, pues de los bienes que Dios les ha confiado tendrán que rendir cuentas. ¡Oh, cuánto se desperdicia en las casas de los ricos que bastaría para el alimento de muchas familias pobres! Pero por desgracia no se piensa bastante en la vida futura, y de ahí el que la mayor parte de los ricos no hagan más que avivar cada día más el amor á las riquezas y de los placeres presentes, de donde viene á resultar el menosprecio de los pobres. Mas Dios, que no se desdenó de abrazar la pobreza, para enriquecernos de sus bienes, hará un juicio severo de los ricos de este mundo faltos de la cristiana caridad.

Levantemos nosotros la voz para predicar esa hermosa virtud, y abramos nuestras casas á los pobres de Cristo, sobre todo á esos pobres infelices que aún no tienen conocimiento del Dios que los creó, nuestro Padre que está en los cielos, á fin de que lleguen todos á ser hijos de la Iglesia católica, que El ha establecido en la tierra como única arca de salvación.

La caridad de Cristo es la que me urge y fuerza á hablar así; y como no me cabe duda de que de esta caridad están animados todos los lectores de *Las Misiones Católicas*, espero que el buen Padre celestial tocará el corazón de alguno de ellos, porque nos ayuden un poco en la obra que hemos comenzado.

NOTICIAS VARIAS

Roma.

Beatificación del P. Jogues, S. J.—El Cardenal Cretoni, Prefecto de la Congregación de Ritos, ha dado direcciones á sus subalternos que apresuren sus trabajos tocantes al proceso de beatificación del Padre Isaac Jogues, el misionero Jesuita que fué martirizado por los indios Mohawks hace unos doscientos años.

Abundantes documentos tocantes á la vida y milagros del misionero han sido enviados á Roma hace tiempo desde los Estados Unidos y Canadá. Uno de los más importantes escritos del P. Jogues es una descripción de la terrible marcha á que le sujetaron los indios pocos días antes de quitarle la vida con horribles tormentos.

El Papa pidió esta narración deseando leerla; y recibiendo después al Cardenal Cretoni en audiencia semanal, le habló de ella, diciendo que la fe y devoción de este hombre es tal, que excede todo género de sufrimientos, y cubre de confusión á los que se quejan de los suyos.

Bengala.

Progresos del Catolicismo.—El Rdo. P. Waelkens, Superior de la Misión de Bengala, nos escribe:

«El número total de católicos y de catecúmenos sería mucho mayor si las numerosas defunciones y la emigración de muchos indígenas que huyen del hambre, no lo diezmaran.

No obstante hay un aumento de más de diez mil Comuniones sobre el año pasado.»

Carta del Rdo. P. Cardou:

Rengarih, 4 de Septiembre de 1908:

«Gracias á Dios, nuestras pobres gentes han empezado la siega; este año la cosecha es hermosa, abundante y buena: por fin tendrán de qué comer. ¡Cuántos se habían convertido

en verdaderos esqueletos! Sólo verlos horrorizaba. El distrito de Sawai ha sido, además, muy azotado por una disentería que á veces causaba la muerte. Afortunadamente el cólera no nos ha visitado por ahora. ¡Apíadese Dios de Biru, y no nos castigue con nuevos azotes!

Congo.

Misioneros y Religiosas que trabajan por su conversión.—Los territorios de la Colonia, por lo que á la evangelización y al servicio del culto católico se refiere, están actualmente distribuidos entre nueve Congregaciones que cuentan con un total de 270 misioneros, á saber:

1. Vicariato apostólico del Congo belga y Prefectura apostólica del alto Kassai (Padres de Scheut).. 83 mis.
 2. Vicariato apostólico del alto Congo (Padres Blancos de Algeria). 48 »
 3. Prefectura apostólica del Kwango (Padres Jesuitas). 33 »
 4. Prefectura apostólica del Uelé (Canónigos Premonstratenses). 19 »
- TOTAL. 183 mis.

Suma y sigue: 183 mis.

5. Prefectura apostólica de Stanley-Falls (Sacerdotes del Sagrado Corazón). 32 »
6. Misión de los Padres Redentoristas (Ferro-carril de Matadi). 28 »
7. Misión de los Padres Trapenses. 16 »
8. Misión de los Padres ingleses de Mil-Hill. 7 »
9. Misión de los Padres del Espíritu Santo. 4 »

TOTAL. 270 mis.

Las Hermanas hospitalarias que secundan á los misioneros en su obra redentora, pertenecen á seis Congregaciones distintas, y son en número de 108, á saber:

1. Hermanas de la Caridad, de Gand. 27 Hnas.
2. Hermanas Franciscanas de María. 28 »
3. Hermanas de Nuestra Señora de Namur. 19 »
4. Hermanas del Sagrado Corazón de María. 9 »
5. Hermanas Blancas (Nuestra Señora de Africa). 14 »
6. Hermanas de la Preciosísima Sangre. 11 »

TOTAL. 108 Hnas.

(Traducido de la revista *Mouvement géographique*, Octubre de 1908).

DE MASAUAH Á ALITIENA (ABISINIA)

APUNTES DE VIAJE, POR EL R. P. BATEMAN, LAZARISTA

(Continuación)



UNA puerta baja. ¡Cuántas veces los fieles dan de cabeza contra ella! ¡Dichosos los que tienen la cabeza dura!

¡Inclinémonos y entremos! ¡Noche oscura!... Pero cuando nuestros ojos se habrán familiarizado con las tinieblas, descubrirán los pálidos reflejos de una lamparita que dice en su místico lenguaje: «¡Jesús está aquí!» ¡Pobre iglesia! mide 2'50 metros de ancho por 7 de largo. Tiene un altarcito con un tabernáculo y cuatro cirios, que son toda la iluminación espléndida de

los días de grandes solemnidades. En este altar se celebra el Santo Sacrificio cada día á las cinco y media, y por la noche acuden los fieles á rezar el Rosario. Los días festivos hay función por la tarde, en la que el misionero hace de sacristán, de chantre y de celebrante.

En esta Misión nada podemos hacer, mas que mantener la fe de estos pocos cristianos, lo cual es fácil, pues son muy buenos y fervorosos. El misionero es también médico. Para estas gentes todos los blancos poseen la medicina. Cada mañana acuden de todas partes numerosos enfermos á la Misión: unos con la cabeza rota, otros con llagas supurantes, éste con calentura, aquél con sarna... y todos son atendidos con asiduidad y cariño, confiando pasar de los cuerpos á las almas...

En Alitiena, como dije, residimos en casa propia. Tenemos un colegio para niños y niñas, y algunas Hermanas indígenas; la iglesia es más grande, aunque también muy pobre.

Nuestro colegio (¡qué colegio!) cuenta cincuenta

alumnos. Al verlo diríase que es una cuadra. El refectorio carece de mesas; una piel de vaca sirve de cama.

Las clases todavía son más primitivas. El profesor de «Buenas Letras» (!) va á buscar sus veinte alumnos y baja con ellos al fondo del torrente, que siempre está seco; cuelga la pizarra de un árbol, y en ella traza las letras del alfabeto. Frente á él, y sentados en el suelo, están los alumnos. Todos van provistos de cuaderno y mango, esto es, un palillo al extremo del cual han atado una pluma; las rodillas les sirven de pupitre... El pobre profesor pasará el año enseñándoles el alfabeto y algunas palabras... Aprovechando los descansos les enseñará alguna oración. Estos muchachos, después de haber pasado cuatro años en el «colegio», vuelven á sus casas, en donde continúan siendo cristianos, y hacen mucho bien á los que los rodean. De entre los más inteligentes escogemos los sacerdotes indígenas y los catequistas.

En resumen, el trabajo se reduce á enseñar las cuatro lenguas del país, á darles nociones las más elementales, y á lograr que estos buenos irobs perseveren en la fe... Lo demás, Misiones, conferencias, cuanto, en fin, forma la verdadera vida del misionero, es para nosotros ó de la historia antigua ó de la futura. Por ahora debemos saber esperar y prepararnos en el retiro, para mejores días, que quizás no tarden en brillar sobre este desdichado suelo.

Aun cuando en el decurso de toda nuestra larga vida de misionero no hubiésemos logrado otra cosa que salvar un alma, ella bastaría para consolarnos y satisfacerlos. «Una sola alma es una diócesis bastante grande para un Obispo,» decía San Carlos Borromeo.

Apenas habíamos llegado, el Príncipe nos envió el siguiente despacho:

«Que esta carta llegue á Abba José.

«¿Cómo te encuentras? Yo, gracias á Dios, estoy bueno.

«Cuando se ama, el amor puede más que la fatiga. Mañana te espero.

«CHUM AGAMIÉ DESTA.»

Esta invitación era una orden. Al día siguiente, muy de mañana, cabalgamos y en marcha. A las dos de la tarde llegábamos á Adigrad.

Ya en el patio, vimos un centenar de soldados tendidos, charlando y jugando.

Pronto aparece el Príncipe y nos introduce en el salón de recepciones. Cuatro paredes desnudas, calcinadas, dos ventanas con cristales; en el suelo mucha paja, en un ángulo una alfombra, en ella se sentó el Príncipe, invitándonos á imitarle.

Aquel día estuvo muy amable y nos colmó de frases

amistosas (¡que no cuestan nada!). De vez en cuando, y para darse importancia, se limpiaba las narices y escupía con fuerza. Su escupidera era la pared que teníamos á nuestras espaldas.

Nos mandó servir aguamiel. Al ofrecernos el vaso del famoso licor, el criado bebía el primer sorbo, para evidenciarnos que no nos envenenaba.

La etiqueta nos obligaba á hacer regalos al príncipe: éste lo esperaba con impaciencia... Le regalamos un despertador con música, un jarro azul y un cuaderno en blanco. Para demostrarnos que sabe escribir, preguntó mi nombre y lo escribió en la primera página del cuaderno. ¡Ya figuro entre los papeles del Príncipe!...

En fin, después de una sesión de dos horas, nos despedimos. Por la noche, y en prenda de gratitud, el Príncipe nos envió dos cabritos y cincuenta litros de aguamiel, diciéndonos que eran *para la cena*.

(Concluirá).

DEL SUR DE ÁFRICA

(Conclusión)



NTE la importancia de lo que es capaz de producir Zululandia, se hicieron estudios en la bahía de Santa Lucía, situada en su costa, para ver si se podía edificar un puerto que hiciera competencia al portugués de Lorenzo Márquez, pero como éste, tarde ó temprano, ha de pasar á formar parte del territorio imperial inglés, desistieron de comenzar los trabajos.

Transwaal no puede desarrollar sus riquezas sin el auxilio de este puerto portugués, y no será extraño que después de la unificación de las Colonias del S. de Africa, le preparen á Portugal idéntico proceder que el que nos prepararon los yanquis con nuestras islas Filipinas.

Un acontecimiento de actualidad es el resultado de la propaganda de las *Suffragettes Ladys* de Inglaterra en todas las colonias del S. de Africa. En todas ellas existen comités y vasta organización. Aprovechándose de celebrarse en Durbán la Asamblea de Convención, y encontrándose reunidos los presidentes de todos los Gobiernos de las colonias, han presentado exposiciones repletas de firmas para que en la nueva Constitución, por la que se ha de regir la nueva nación del S. de Africa, se promulgue el derecho de la mujer de ser electora y elegible.

No he tenido oportunidad de estudiar prácticamente las *Suffragettes Ladys* de Inglaterra ni de las otras colonias del S. de Africa, pero á las de Natal he puesto especial cuidado, y creo no equivocarme al poder generalizar mi juicio, aplicándolo á las demás.

La idea de ser elegibles y electoras las mujeres se ha desarrollado á la sombra de una perturbación de gran trascendencia en su educación.

Los colegios de niñas de Natal, todos, sin excluir ninguno, carecen de pedagogía sociológica, y más que centros de enseñanza son establecimientos industriales

á los que se les exige el mayor rendimiento posible, sin preocuparse de la alta misión que tiene que cumplir la mujer en una sociedad bien organizada.

Un poco de educación moral y religiosa, y una cantidad extraordinaria de música é instrumentos, llegando hasta lo inconcebible, pues con tal de percibir más rendimientos de las alumnas, no sólo aprenden á tocar el piano é instrumentos de cuerda, sino hasta los más fuertes de aire, como son el cornetín y la flauta.

La enseñanza de la aritmética mercantil, partida doble, taquigrafía y el escribir á máquina, son otras tantas fuentes inagotables de ingresos.

Las hijas de modestos artesanos se transforman en todos los colegios de Natal en señoritas que desconocen las labores propias de su sexo, pero en cambio poseen la misma educación intelectual que los varones de idéntica edad.

Estos colegios, verdaderos almacigueros donde se desarrollan las tiernas criaturas, nutriéndose con una educación absurda, tienen á orgullo que sus discípulas alcancen posición desahogada tan pronto como adquieran los conocimientos necesarios.

El resultado de esta educación es ver multitud de esas jóvenes empleadas en tiendas, almacenes y escritorios, medios que no son, á veces, todo lo bueno de los que debe vivir una señorita. Es muy fácil en ellos perder los sentimientos que caracterizan á la mujer.

La idea de constituir una familia, un hogar santo, se ahuyenta de la mente de ellas, sucediendo que son rarísimos los matrimonios que se realizan en esta nueva clase social.

Ahora bien: todas estas jóvenes son tan decididas partidarias del *Suffragette Ladys*, y á la vez engrosan las filas del ejército espiritista, teosofistas, y de las más extrañas ideas políticas, filosóficas y religiosas, y lo que es más triste, muchas de ellas tienen á gala no pertenecer á ninguna entidad religiosa. ¿Puede reorga-

nizarse la moral y las costumbres con estos elementos? Ciertamente no. Creo que este boceto, hecho á vuelo pluma, puede ampliarse y pintar arreglado á él todas las figuras del cuadro que conocido con el nombre de *Suffragette Ladys* ha de producir en la opinión sensata un movimiento de repulsión contra estas anormales figuras de una falsa civilización.

El Sur de Africa no sólo alcanza celebridad por sus ricas minas de oro y diamantes, sino por los materiales que suministra á la ciencia.

Recientemente se han hecho exploraciones paleontológicas que no sólo preocupan á los sabios de este país, sino que también á los de Europa y América. En cinco localidades distintas se han practicado excavaciones, y los resultados han sido sorprendentes. En el primero que está situado en Stellenbosch (Costa de Bosman), en una escarpada montaña, han recogido herramientas de piedra cubiertas de arcilla. El segundo se practicó en Karoo, próximo á Kimberley (Orange River Colony). Las especies recogidas son de mucho interés, pertenecen al período ígneo que los ingleses denominan Wather-

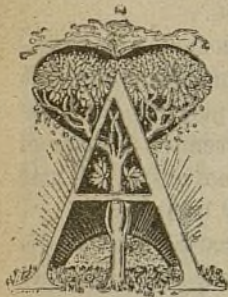
Worn, y puede apreciarse en los ejemplares la transición paleontológica del hacha neolítica. El tercero está situado en Waal River, próximo á Kimberley. El sitio de la exploración ha sido Pniel. La colección extraída es una de las más interesantes, porque pueden apreciarse los trabajos practicados con ella. La raza humana en dicho lugar debe haber sido de pequeña estatura dadas las dimensiones de las herramientas.

El cuarto fué en Bulawayo (Rodesia). En un tosco y agrietado disco de grandes dimensiones permanecían incrustadas herramientas que habían pertenecido á hombres pequeños. El quinto punto explorado fué también en Rodesia, en el pintoresco sitio de Victoria Falls (Catarata de Victoria), tan conocido de los visitantes, al Sur de Africa, que por ser el último explorado fué el que proporcionó la colección más rica. Todas las herramientas encontradas en este sitio han sido de sílice brillante.

La mayoría de los ejemplares recogidos, acompañados de dibujos topográficos, han sido remitidos á Dublín (Irlanda), para someterlos al estudio de los panteólogos irlandeses.

DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA

Para el Papa



Para celebrar las *Bodas de Oro* de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, tengo el gusto de escribir á los lectores de *Las Misiones Católicas*, una sencilla relación de la generosidad con que los habitantes de Elobey y parte continental del Muni, supieron corresponder á la invitación que se les hiciera, para contribuir á la *Limosna de la Misa*, que en tan solemne día celebró el Santo Padre.

Designado por mi reverendo Padre Superior para recoger dicha *Limosna*, me creí feliz por caberme la dicha que, tanto deseaba, de cooperar tan eficazmente á una obra tan santa y de tanta gloria para Dios Nuestro Señor y para su augusto Vicario aquí en la tierra.

Deseando, pues, cumplir bien mi cometido y puesta toda mi confianza en Dios, cuyo es el mover los corazones, hice cuantas diligencias me fueron posibles; pues, amén de visitar diferentes veces á domicilio á moradores de Elobey, hice varias excursiones, tanto á las Reducciones que la Misión de Elobey tiene en Punta Mosquitos y en Bitika (1), como á los pueblos y rancherías de la vecina Costa é interior del Muni. Y, por la misericordia de Dios, no fueron estériles mis pequeños sacrificios; pues, de las 12, 15, 50 ptas. que se recogieron para este fin en las trece Misiones que cuenta el Vicariato de Fernando Poo, 234'60 se recogieron en la Misión de Elobey.

Mas, para que los lectores de *Las Misiones Católicas* puedan formarse alguna idea de la actitud y senci-

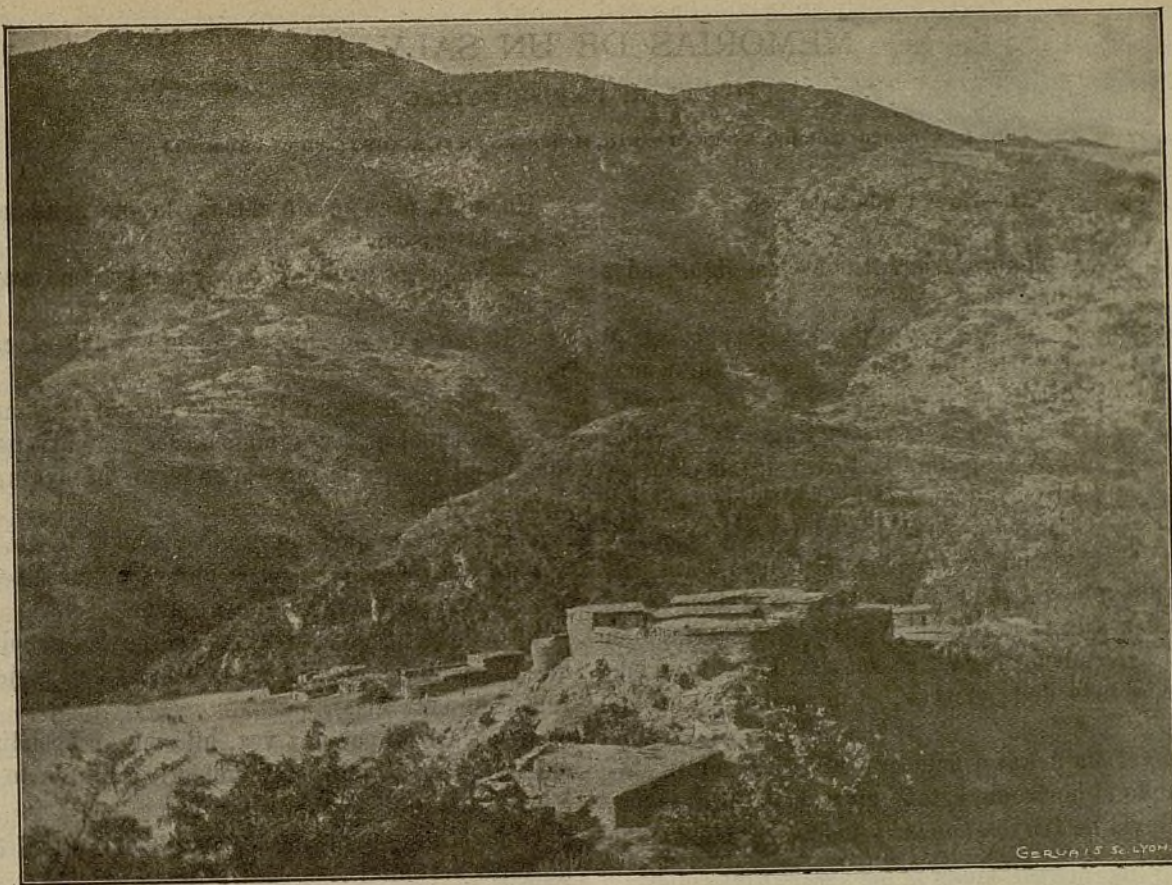
llez con que aquellos Morenitos entregaban su óbolo *efas Papa*, para el Papa, como ellos decían, voy á referir en primer término el modo práctico con que se les exhortaba.

Lo primero que hacía al llegar á sus pueblos, era preguntar por su jefe y por los enfermos que en ellos había. Luego les manifestaba dónde podría albergarme; y como aquéllos afortunadamente son muy hospitalarios, máxime para con el misionero, de ahí que todos me ofrecían sus pobres viviendas, mereciendo, casi siempre, la preferencia, como era natural, la del jefe del pueblo.

Llegada la hora más oportuna, y cuando ya la mayor parte sus habitantes habían regresado de las fincas ó heredades, de la caza ó pesca (pues á todo esto son muy aficionados los Pamues), á imitación del grande apóstol de las Indias, San Francisco Javier, tocaba la campanilla paseándome por la única calle que ordinariamente hay en aquellos pueblos. En el ínterin uno de los muchachos de la Misión que me acompañaban llamábales en su propia lengua, diciendo: *Bur bese: zágano; togo na, Parè á kuma Kobe Rosario*. O sea: Gente toda: venid; porque el Padre quiere rezar el Rosario. Y luego comenzaban á asomar cabezas por todas partes, saliendo de sus chozas, unos medio desnudos, otros con sólo un retazo de tela sucio y medio roto, y no faltaban, sobre todo entre los pequeñuelos, quienes iban como el día que nacieron. ¡Pobrecitos! ¡qué compasión me causaba el verlos de aquella manera!

El Aveng (lugar de reunión), era comunmente el sitio donde los reunía, por ser el lugar más espacioso de todo el pueblo; pero tan desmantelado, que ni el portalillo de Belén creo lo estaba tanto. Pues allí no había más adornos ni mueblaje que unos bancos hechos de palotes toscos, sueltos y á las veces tan carcomidos,

(1) Los que deseen ver la descripción de esta Reducción llamada *Claret*, la hallará en esta Revista, n. 304, pág. 39.



ABISINIA.—RESIDENCIA DE LOS MISIONEROS EN ALITIENA: VISTA TOMADA DESDE LA CIMA DE LA MONTAÑA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 256)

que no era maravilla romperse y dar al suelo con cuantos estaban sentados, como sucedió más de una vez al que suscribe.

Una vez reunidos comenzaba la catequesis por el rezo del Santo Rosario, cantando á seguida algunos cánticos piadosos, como el: *¡Oh María!... ¡Viva María!...* y otros parecidos, logrando de este modo llamar más la atención de muchos de los presentes; pues á estas sencillas gentes les gusta mucho oír cantar al Padre misionero *mam Nzama*, cosas de Dios, como ellos dicen. A continuación les explicaba con la mayor sencillez las cosas más necesarias para salvarse, repitiendo una y muchas veces para que todos lo entendieran.

Si no temiera exceder los límites de esta relación, con gusto describiría ahora la actitud y atención con que aquellas sencillas gentes escuchaban cuanto les decía; así como las peregrinas ocurrencias con que á lo mejor me interrumpían. En gracia, pues, de la brevedad, referiré tan sólo lo siguiente:

Estando en cierta ocasión explicando á una gran muchedumbre la necesidad de recibir el santo Bautismo para ir al cielo, uno de los hombres más conspicuos que desde el principio de la catequesis se había puesto frente al misionero, cuando mayor era la atención con que todos escuchaban, me interrumpió diciéndome con mucha naturalidad:

—*Padre, yo me dejaré bautizar ahora mismo si usted me da esas barbas tan largas que tiene.*—Aquí huelgan los comentarios; pues, fué tanta la hilaridad que tan inesperada y peregrina proposición causó á todos los allí reunidos, que no hubo más remedio que

aguardar unos segundos para reanudar la explicación.

Terminada la catequesis, les anunciaba las fiestas grandes, muy grandísimas que el Papa hacía por su *Jubileo Sacerdotal*; y que si bien ellos no las podían ver por estar el Santo Padre lejos, muy lejos allá en Europa, en el reino de Italia, y en una ciudad muy grande que se llama Roma... que no dejaran por eso de dar limosna, como la dan otros muchos de todas las partes del mundo, para la Misa que el Papa ha de celebrar en tan solemne día. Luego para más estimularles decía, que como el Santo Padre es tan bueno, todas aquellas limosnas las daría para las iglesias pobres, Casas de Beneficencia, Hospitales, etc..., y para la conversión de los infieles; y que por lo mismo, también, para los del Golfo de Guinea.

Al terminar la exhortación, daba gloria ver el entusiasmo con que todos, grandes y pequeños, se iban corriendo á sus chozas para entregarme lo mejor que tenían. Este, un *racimo de plátanos ó bananas*; aquél, *yucas, ñames ó papayas*; otros, *peces, huevos, carne tostada de algún animal que habrían cogido en la trampa*; y, los menos, que eran los jefes y demás hombres conspicuos, *una gallina*, por ser este el mejor regalo que acostumbran á hacer cuando quieren obsequiar á alguno.

Como se deja comprender, todas estas cosas había que reducirlas á metálico, valuándolas al precio corriente; lo cual se verifica al regresar á la Misión.

GABRIEL MARTÍ, C. M. F.

(Se continuará).

MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (ÁFRICA ORIENTAL)

XII.—Nueva edad de oro



La palabra *Ngai* tiene dos significados distintos.

Su primera acepción significaba el Espíritu del Altísimo, que habita más arriba de las nubes, y de cuya voz es débil eco el horrísono fragor del trueno.

A él pedían la lluvia los hechiceros ofreciéndole sacrificios al pie del Arbol Sagrado. Ataban los intestinos de la víctima al rededor del tronco del árbol; embadurnábanlo con abundante grasa y colgaban de las ramas pedazos de carne; esta era la parte del *Ngai*, quien por la noche vendría á regalarse con ella. El resto, ó mejor dicho, el todo de la víctima, se lo comían los hechiceros.

Y como el día del sacrificio era cuidadosamente elegido cuando el horizonte estaba cargado de negras nubes, la lluvia no faltaba nunca, y todo el mundo estaba contento...

Ngai era bueno, paternal, indulgente. Si no de palabra, de hecho solía decirnos: «Divertíos, hijos míos; matad, robad, mentid; ¡pero ocultaos! el mal no es mal hasta que es público. Este es mi consejo, pero nada más que consejo, pues me importa poco cuanto hagáis ó dejáis de hacer. Yo sólo me preocupo de la lluvia y de hacer fructificar vuestros campos de patatas.»

Nunca confundíamos á este buen *Ngai* con los Espíritus inferiores ó *Ngoma*, que decíamos eran los de nuestros antepasados que vagaban errantes, más ó menos felices, por el centro de la tierra.

Los *Ngoma* eran muy antipáticos.

Nos prohibían pegar á nuestras mujeres, amparándolas al punto en que iniciábamos faena tan importante y á veces tan necesaria. Arrojabán cabras y á veces niños al hogar. En una palabra, nos jugaban constantemente muy malas partidas.

Ellos nos habían enseñado infinidad de *megeiro* (prácticas, ritos, observancias), con que lograban robarnos más carneros que los mismos Massais. Infringir el menor de estos *megeiro* era *sahu* (pecado). Apenas podíamos dar un paso á derecha ó á izquierda sin cometerlos. Eran tan inevitables como el fusil de los Blancos. Ejemplos: Una serpiente cruzaba por mi camino; el viento derribaba un árbol de mi propiedad: la hiena se... aligeraba cerca de mi casa, etc., etc. No eran ni la serpiente, ni el viento, ni la hiena los que pecaban; siempre era yo el pecador: según la gravedad del supuesto delito, este sería causa de mi muerte, ó infectaría á mis hijos, ó acabaría con mi rebaño.

Total, que sufríamos cruel tiranía contra la cual no protestaban los hechiceros y de la cual ni se nos ocurría quejarnos.

Cuando nos remordía la conciencia, visitábamos al hechicero para *kotahikio*, confesarse.

He aquí, poco más ó menos, lo que solíamos decir, según los casos:

«—*Baba* (padre mío), *baba*; bendecidme que he pecado.

«Me acuso de que una serpiente cruzó el camino á mi paso.

«Me acuso de tres ráfagas de viento: la primera derribó un árbol que era mío; la segunda arrancó el techo de mi casa, y la tercera se llevó mi manta, dejándome... tal cual.

«Me acuso de que una rana se echó al fuego.

«Me acuso de dos ollas: la una se fundió en el fuego, y de la otra se derramó el contenido.

«Finalmente, y este es mi mayor *sahu*: olvidando que lo prohíbe la ley, afeité la cabeza á mi mujer. Y no recuerdo nada más...»

«—Mucho es por una vez, hijo mío, respondía el hechicero; pero á todo pecado misericordia: dame un carnero y te daré la absolución.»

Como Moral, no era de las más complicadas; ¡á pesar de serlo bastante!...

En su segunda acepción, el nombre *Ngai* se da, metafóricamente, á todo lo que es grande, fuerte, rico, poderoso, á todo cuanto es extraordinario. Por ejemplo, una cabra que nacía con joraba, como los camellos, era *Ngai*; *Ngai* era cuanto protege, defiende, salva. Y cuando nuestros «viejos» en el calor comunicativo de sus banquetes, querían prodigarse galanterías, empleaban figuras retóricas, tratándose mutuamente de *Ngai*...

Para nosotros, el «Padre» era *Ngai*; pero cuando teníamos la inadvertencia de decírselo, él sirviéndose á su vez del lenguaje figurado nos llamaba *indigiri*.

Los mismos hechiceros se empeñaban en darle muestras de simpatía. Cierta día llegaron con todos sus aparejos: calabazas, cuernos, colas de cabra, etc., etc., y dieron varias veces la vuelta á su casa, esparciendo por doquiera unos polvos blancos, que, según decían, habían ido á buscar á la cumbre del monte Kenia. Aquellos polvos impedirían que la hiena ó cualquiera otra fiera, la perdiz, por ejemplo, entraran á la tienda y devoraran á un *Ngai* tan precioso...

El «Padre» se instaló, construyó sus dos casas y plantó su jardín.

Cuidaba á los enfermos, vigilaba de cerca á nuestros tiranuelos, que le temían más que al fuego, y removieron cielo y tierra para expulsarlo. Hablaba á los niños del Dios de los Blancos; nos procuraba trabajo, lo que nos hacía más llevadero el impuesto; su sola presencia, en fin, bastaba para impedir toda injusticia y violencia.

Y, quisiéralo ó no lo quisiera, era nuestro *Ngai* el ser fuerte y poderoso que defiende, que protege y que salva.

Pero no parecía estar muy satisfecho aun cuando

desempeñara un papel tan importante y tan útil á la humanidad que sufre...

Impaciente como todos sus hermanos, no cesaba de preguntar:

«—Jóvenes, amigos míos, ¿por qué no venís á escucharme?»

Y éstos le respondían:

«—Ya vendremos otro día, dentro dos ó tres años, cuando estemos cansados de danzar.»

Entonces se dirigía á nosotros, los «ancianos», envejecidos antes de tiempo, que ya no danzábamos porque sentíamos gran desprecio á estos jóvenes y presumidos, que no sólo eran *ndero*, sino que ni siquiera habían intentado ninguna expedición ni la realizarían nunca. Y nos decía cuando íbamos gravemente á visitarle en su casa: «Y á vosotros, ¿qué os impide venir á escuchar la palabra de Dios?»

No sabíamos qué responder, y para complacerle íbamos á escucharle.

El nos decía:

«—Cuanto os enseño es la Verdad; y esta Verdad la veríais tal como yo la veo si no fueseis *indigiri*. Ahora os reís, pero no reiréis cuando el diablo, en día no lejano, os arroje al infierno, en cuyo fuego iréis á abrasaros para siempre, siempre, *agu, agu*. ¿No habéis visto nunca tostar maíz ó asar patatas? La patata luego de cocida se come, y para ella todo se acabó. Vosotros seréis patatas que se asarán siempre, siempre, sin ser comidas nunca...»

Y nos mostraba á nuestras mujeres, que sentadas cabe al fuego preparaban la comida. Entonces nos despedíamos, y durante dos ó tres días no volvíamos por allí. Pero pasado este tiempo, nos decíamos: «Vamos á saludar al «Padre.» Ibamos y la escena descrita se repetía invariablemente...

Una noche que no podía conciliar el sueño, me imaginé experimentar las sensaciones de una patata condenada al supremo infortunio de no ser comida nunca. Y me decía: «*Padre* es más sabio que todos los hechiceros juntos. ¿Qué le aprovecharía engañarme? Al fin y al cabo sólo me pide que le escuche, y que siga sus consejos, y esto no es ni difícil ni peligroso, él así lo afirma muy serio...»

Fuí, pues, á escucharle regularmente, á pesar de las burlas y chanzas de mis camaradas. Aprendí lo que ya sabéis, y lo aprendí sin dificultad, pues poseía múltiples elementos de la ciencia primera. Un día, en fin, en mi simplicidad, pedí al *Ngai* europeo el Bautismo, «para nacer por tercera vez...»

¡Ah! ¡Qué bien recibido fuí!

«—Pero, desdichado, me dijo levantando los brazos al cielo, despidiendo centellas sus lentes y su barba irguiéndose amenazadora, ¿cómo quieres que te bautice, si tienes mujeres?...»

La primera mujer me la había legado mi pobre padre. La «pequeña», aquella que había elegido, era la segunda... ¡Debería sacrificarla!—(*Concluirá*).

ENFERMEDAD DEL SUEÑO

(EXTRACTO DE UNA CARTA DEL P. HYAC VANDERYST)



N anteriores escritos dije que las tsé tsé que atacan al hombre en el bosque, suelen estar en ayunas, esto es, que no han chupado sangre, y por consiguiente no son muy peligrosas. Según una nota presentada á la Academia de Ciencias de París—nota que acabo de

recibir, gracias á la atención del Rdo. P. Paques, S. J., —la longevidad de la tsé-tsé es relativamente grande.

«La hembra de la *Glossina palpalis*, dice, hace de ocho á diez puestas, con un intervalo de nueve á diez días de una á otra...»

En condiciones favorables, puede vivir, pues, más de tres meses en estado adulto. Una tsé-tsé en la que se compruebe actualmente la ausencia de sangre fresca de animales superiores, puede haberla absorbida anteriormente una ó varias veces. Por consiguiente, puede estar infectada de tripanosomiasa. Si la tsé-tsé exangüe es inapta para transmitir *mecánicamente* la enfermedad del sueño, no obstante puede transmitirla *fisiológicamente* si está infectada.

Hay que desconfiar, pues, de toda tsé-tsé, ya que no puede saberse previamente si es ó no capaz de transmitir la enfermedad. Pero, como decía en otra ocasión, no hay que exagerar. Nosotros, los misioneros, toma-

mos precauciones razonables. Vamos sin temor y sin titubear donde el deber nos llama, donde podemos servir á las almas y practicar el bien, pero no nos exponemos inútilmente, y observamos todo lo posible las leyes de la higiene.

Si, á pesar de estas precauciones, me atacara algún día la enfermedad, de lo íntimo del corazón diría al Señor: *Fiat!*

La cuestión de la enfermedad del sueño, por otra parte, dista mucho de estar bien dilucidada.

¡Cuánto queda por descubrir! Las investigaciones de los sabios nos reservan sin duda nuevas sorpresas.

Las tsé-tsés, y particularmente las *Glossina palpalis*, ¿son los únicos agentes transmisores de la enfermedad? Todo parece comprobarlo, pero no puede afirmarse con seguridad.

¿Hay animales domésticos ó salvajes que contraigan *naturalmente* la enfermedad del sueño, constituyendo así una reserva donde las tsé tsés puedan ir á infectarse del tripanosoma *Gambiense*? Si esto es así, ¿cuáles son las especies animales que ofrecen mayor peligro?

Sábase por el descubrimiento de Koch que los corderillos pueden estar infectados. Además, con suma facilidad se han logrado infectar experimentalmente buen número de mamíferos. Pero éstos, ¿son *naturalmente* infectados por las tsé-tsés ó por otros parásitos?

La tripanosomiasa de las tsé-tsés adultas, ¿puede ser transmitida por herencia á sus hijos, lo cual sería poderosa causa de contagio, sin necesidad de estar en contacto con animales superiores infectados de tripanosoma? Ciertas experiencias inducen á creer que sí. Y esto no sería muy de extrañar si se considera lo que pasa en enfermedades determinadas por parásitos muy vecinos de los tripanosomas. La tsé-tsé, ¿transmite mecánicamente la enfermedad del sueño, ó bien la transmite naturalmente, fisiológicamente, después de haber sido infectada ella misma? Los dos modos de transmisión existen. Pero ¿cuál es el más frecuente? Parece que la transmisión fisiológica debe ser más frecuente que la transmisión mecánica. Pero los sabios no están más de acuerdo en este punto que en muchos otros.

Entretanto, precisa que nosotros, los profanos, los misioneros, que nos ocupamos prácticamente de la enfermedad del sueño, sentemos opiniones por lo menos provisionales acerca estas cuestiones, prontos á modificarlas en cuanto nos lleguen datos científicos definitivos.

Sea lo que fuere, la enfermedad del sueño se propaga en las regiones de Ki-Santu, Ndembo, Nlemfu, etc.; y ha causado, y todavía causa numerosas víctimas. Para darse cuenta de esta tan grave epidemia, examinemos el actual estado de cosas en los pueblos indígenas.

Los pueblos indígenas por regla general, están situados en condiciones desventajosas. La mayor parte se hallan en medio de bosques, ó muy próximos á ellos, y las más de las veces á poca distancia de ríos y otras corrientes de agua. ¿Qué quiere decir esto? Que radican en parajes que constituyen la zona natural de las tsé-tsés. Por lo menos no distan de ellos.

Y, como es de suponer, en su zona natural y en las

cercanías—en los lugares húmedos y sombríos—es donde más abunda la *Glossina palpalis*.

Aquí no hay caza mayor. No hay venados, ni antílopes, ni búfalos, ni hipopótamos.

Los cocodrilos son muy raros, salvo en las riberas del Inkissi y de algunos otros ríos. Pero en casi todos los pueblos se crían cerdos. Y cerca de los corrales de los cerdos es donde son más numerosas las tsé-tsés. Los cerdos que vagan en libertad desde la mañana hasta la noche, se internan en los lugares sombríos y húmedos, esto es, en la misma zona de las tsé-tsés; de vez en cuando entran al pueblo, y con ellos las tsé-tsés, que los persiguen con notable tenacidad.

El principal factor para la transmisión de la tripanosomiasa, la *Glossina palpalis*, se halla, en ciertas épocas del año, y en mayor ó menor número, en los pueblos indígenas. Además parte del día la pasa el indígena en el bosque, ya para recolectar el malafu, ya para ocuparse en trabajos de cultivo, ó para entregarse al placer de la caza, ó para bañarse ó ir á buscar agua al río vecino.

El segundo factor, esto es, hombres ya infectados de tripanosomiasa, se encuentra en casi todos los pueblos. Quizás no se encuentre un pueblo que no haya sido víctima del azote en estos últimos años. No me ocupo de los animales que podrían ser atacados de la enfermedad del sueño del hombre. No sé nada positivo sobre este punto. He encontrado tripanosomas en muchas especies animales, pero nunca el tripanosoma de la enfermedad del sueño del hombre. Los indígenas, ¿toman medidas profilácticas para preservarse personalmente ó para atajar la propagación de la enfermedad? Ninguna eficaz.

(Concluirá).

¡TAMBIÉN LOS CHINOS!



ASTA los gatos chinos quieren zapatos constitucionales.

O de otro modo: entre los Hijos del Cielo hace prosélitos la moda de buscarse una Constitución política, al estilo de las que tanto *gusto* están dando á una porción de pueblos occidentales.

La verdad es que si Turquía ha querido ver á qué sabe eso—y ya lo va sabiendo—no hay motivo para privar á los chinos de la satisfacción de saborear el manjar que engorda al presente á los del fez.

Y es el caso que, si el ensayo va recomendado á los coletudos orientales por un pachá de esos que viajan ahora por el mundo cantando las excelencias del sistema, en el Celeste Imperio le podrían decir:

—Eres turco y no te creo; no creas que puedes engañarnos como á chinos.

Pero los europeizantes en China son indígenas, habitantes de los puertos abiertos al comercio, que han adquirido idea, aunque vaga, del procedimiento por el cual se hace en Occidente la felicidad del pueblo, y que resumen en la palabra Constitución, siquiera tengan de

ella el concepto de que será un nuevo fetiche de maravilloso y sobrenatural poder. ¡Pobrecillos!

El movimiento es aún muy limitado; pero la revolución hace su camino, que tendrá que ser, naturalmente, largo, porque no se revoluciona á 400 millones de habitantes (¡una tontería de población!) con la sencillez con que *hemos* matado el antiguo régimen en ese pañuelo de tierra que se llama Turquía.

Hay quien supone que no se podrá tardar menos de diez años en *boulevardier*, como decía aquel traductor por *bouleverser*, las convicciones y el amor á la tradición á tanto hijo de Buda.

Pero entonces tendrán una Constitución, último figurín.

Y eso ¿no vale nada?

El régimen amenazado se apresta á la defensa; mas los reformadores no se dan punto de reposo y acuden á todos los medios de propaganda imaginables, menos al de la periodística, porque los chinos tienen la fortuna de tener pocos periódicos y el buen gusto de no leer de política...

Un fonógrafo, cuyos gritos hacen erizarse las coletas de los chinos poco ilustrados, que son próximamente 399.999,965; las caricaturas...

De este último medio de propaganda podemos dar una idea.

Por ejemplo: el carro de la Constitución se atascó en un bache y perdió dos ruedas. El carro va tirado por ratas-mandarines, y las ruedas, sin las cuales no puede avanzar el vehículo, representan la Cámara baja y la Cámara alta.

Unos japoneses que comentan el desastre aseguran que todos los mandarines roedores no bastarán para sacar el carro del atranco. La intención con que se encomienda á los japoneses este comentario es patente.

Otro dibujo revolucionario es aquel que representa á la Administración pública juguete de Europa y del Japón, que son los que, en el dibujo, obligan á ir y venir, en un columpio, á puñetazos, á ese infeliz chino...

Y no comentamos otras caricaturas que, por su ín-



dole, su origen y aun su olor, son realmente co-chinas, es decir, chinas conjuntamente con las que ofrecemos al lector.

VARIEDADES

EL DIABLO VENCIDO CON SIETE HUEVOS

(CUENTO BUBI)

ALEGRES sobremanera pasaba los días de la vida un matrimonio á quien el Señor concedió un hermoso niño y más tarde una candorosa niña, quienes á decir verdad eran el encanto de sus padres por sus raras prendas de amabilidad y docilidad.

Siete años contaba el muchacho y cinco la niña cuando por motivo de ir sus padres á visitar á unos parientes, hubieron de quedarse los dos solitos en casa hasta la vuelta de aquéllos. El niño, como más fuerte, todos los días salía á la finca en busca de comida; y como el río estaba cercano, se encargaba la niña de acarrear el agua para los usos domésticos.

Mientras la niña escobaba la casa todas las mañanas, su hermano encendía el fuego y cocinaba para los dos. ¡Qué hermandad tan grande era la suya y qué amor se profesaban mutuamente!

Sucedió cierto día que, luego de haber encendido el fuego y arrimado la olla para que se calentara, salió el niño en busca de cangrejos, no sin haber encargado mucho á su hermanita que no dejara apagar los fuegos. Esta dócil como ella sola, rompía con sus manecitas la leña más menuda y echándola al fuego lograba tenerlo siempre encendido.

Pero el diablo, que aprovecha todas las ocasiones para hacer de las suyas, se presentó en aquella casita, y engañando á la pobre niña con halagüeñas esperanzas la tomó de la mano y se la llevó consigo.

No tardó mucho en volver el cocinero con sus cangrejos para los dos; pero... ¡cuál no fué su sorpresa al echar de menos en casa á su querida hermana! La llamó á voces desde la puerta, pero... en vano: la niña no respondía. Preguntó á todos los del pueblo y nadie supo darle razón de su paradero. Todo el día pasó llorando la pérdida de su hermana, sin pensar ya más en cocinar sus cangrejos.

Al anocheecer de aquel mismo día regresaron sus padres, quienes ya en el camino tuvieron noticias de co-

mo su hija había desaparecido. Como era natural, también practicaron todas las diligencias para encontrarla, pero... todo fué en vano; la niña no apareció por ningún lado y nadie supo decirles nada de la misma.

Quedaron, pues, solos en casa marido y mujer con su hijo, el cual nunca podía olvidar á su querida hermana á quien siempre echaba de menos en las horas de recreo, que para los niños lo son todas las veinticuatro que tiene el día.

Pensaban algunos que con el transcurso del tiempo se iría olvidando nuestro joven de su hermana, pero no fué así: sino que cada día se acordaba más de ella: y cuando pasados tres años se vió con fuerzas suficientes para caminar, pidió á sus padres le dejaran salir de casa é ir en busca de la misma hasta encontrarla.

No sin gran temor, accedieron aquéllos á la demanda, temerosos de perder también á su hijo y quedarse solos en el mundo sin ninguno de sus hijos que les sirviera de ayuda en la vejez.

Entonces el mozalbete á quien el amor fraternal había convertido en un héroe, toma la tradicional lanza bubi y colgando del hombro su zurrón se presenta á la madre y le dice con resolución:

—Madre, me marchó.

—Pero... ¿qué llevas para comer?

—No se apure, que ya encontraré algo por el camino.

—No quiero que te vayas sin nada; toma estos siete huevos, y cuando encuentres á tu hermana os vendrán á maravilla.

El niño tomó agradecido los siete huevos y los metió en su zurrón. Entretanto, el padre que había llegado de cazar, tomó un «romo» (ídolo) y lo colgó del cuello de su hijo á fin de que nada malo le aconteciera en sus aventuras, y... se marchó.

Durante el primer día recorrió cinco pueblos, quedándose á descansar por la noche en casa de unos parientes que le trataron muy bien. Al día siguiente pasó por todas las fincas de ñames, para ver si entre los trabajadores la encontraba, pero ¡vano empeño! no pudo dar con ella á pesar de las fatigas de dos días consecutivos.

Luego que amaneció el tercer día tomó la resolución de internarse en el bosque y no dejar escondrijo sin visitar. Andando, andando, llegó á un camino de cazadores por el que anduvo más de la mitad del día: hasta que por fin, quiso Dios que divisara una casita hecha con ramas de palmera y de la que salía humo por todas partes. Se acercó y... vió salir á su hermana, la cual, acercándose á él le dió un fuerte apretón de manos y lo introdujo dentro de aquella miserable casucha.

Estaba sola la pobre joven cocinando una grande olla de carne para el diablo que había salido á cazar. Temerosa de que lo llevara á mal su amo, aconsejó á su hermano que se escondiera en un montón de leña que allí había y que no saliese mientras el diablo permaneciese en casa. Así se hizo; pero tan pronto como el diablo llegó, dijo á la muchacha:

—Sé muy bien que ha venido tu hermano y que está escondido entre la leña: quiero que salga y que no tenga miedo.

Salió el muchacho del escondrijo y con gran temor y temblor pidió al diablo que le dejase estar unos cuantos días en compañía de su hermana. Cuanto deseaba le fué concedido de mil amores; y no sólo eso, sino que cada día iba el diablo á cazar carne para los dos hermanos.

Pasados tres ó cuatro días y en ocasión en que el diablo estaba fuera de casa, dijo el joven á su hermana:

—Sabrás que hace cuatro días que estoy aquí: he venido en busca de ti, y hoy mismo quiero que vengas conmigo á casa de nuestros padres.

—Está bien, contestó su hermana; yo también deseo abandonar esta casucha y marcharme contigo.

—Salgamos, pues, pronto y sin tardanza.

—Pero... ¿qué haremos si el diablo nos coge por el camino?... ¿no nos matará?...

—No temas: yo llevo siete huevos que me dió madre al salir de casa, y con ellos lo venceremos.

La confianza y valor se veían pintados en aquellos infantiles rostros; y sin temor de ningún género abandonaron aquella triste barraca para no volver jamás á entrar en ella.

Todavía no habían salido del bosque y mirando atrás ven al diablo correr en pos de ellos para cogerlos. Entonces el muchacho saca uno de sus huevos y rompiéndolo contra el suelo salió de él una enorme cabra de bosque que se ofreció á llevarlos sobre sí hasta su misma casa. Corría la cabra como una desesperada con sus dos muchachos; y el diablo corría tras ellos también.

Cuando vieron al diablo muy cercano echaron atrás otro huevo y rompiéndose sale un gran montón de ñames cocidos que el diablo se detuvo á comer mientras ellos seguían alegres y contentos su camino.

Muy poco faltaba para alcanzarlos el enemigo, cuando arrojan el tercer huevo del que salió un gran racimo de «bangá» que el diablo se comió con voracidad hasta acabarlo. Pero aconteció que á resultas del atracón de ñames y de «bangá» le sobrevino un berrinche tan fenomenal, que hubo de permanecer largo rato tendido en el suelo dando horribles alaridos.

Al oír nuestros viajeros los grandes quejidos del perseguidor, celebraron la fiesta con alegres carcajadas que aumentaban el coraje del doliente. Por eso tan pronto

como se sintió algo aliviado, la emprendió de nuevo contra ellos con nuevos bríos: y hubiera acabado con ellos ciertamente de no echarle el cuarto huevo que se convirtió en un enorme peñasco que interceptó por completo el camino. Convertido en una furia la emprendió contra él mismo á coscorrones hasta que haciendo un supremo esfuerzo lo echó á rodar por un barranco dejando así expedito el camino.

Nuevamente echó á correr en pos de ellos llegando esta vez casi á alcanzarlos; pero... le arrojan otro de los huevos y... sale del mismo un espeso nubarrón que lo dejó totalmente en tinieblas por muy largo espacio de tiempo. Luego que el viento disipó tan densa nube y divisó que los niños estaban muy distantes, casi estuvo por desistir de su empeño: pero todavía se animó y trató de alcanzarlos, aunque... en vano.

Cuando estaba cerca de los mismos le tiran cerca de sus pies el sexto huevo que vino á convertirse en un caudaloso río. ¡Menudo trabajo que le ocasionaron con esto! Probó infinidad de medios para vadearlo, pero sin ningún resultado; hasta que al fin le ocurrió tomar corrida de unos cuantos pasos atrás y lo saltó de un brinco.

Entretanto los dos hermanitos seguían adelante en su camino dejando á su perseguidor muy lejos. Pero éste haciendo un último esfuerzo emprende de nuevo la carrera con desusada velocidad para alcanzarlos: y lo hubiera logrado de no tener ellos otro huevo. Pero aquellos dos afortunados jóvenes llenos de confianza sacan su último huevo y... ¡cuál no fué su admiración al verlo convertido en un inmenso lago que los separó por completo de su escarnecido enemigo!

Pronto, muy pronto, llegaron á la casa de sus padres en cuya amable compañía pasaron los días de su vida; al paso que el diablo quedó solo á la otra parte del lago sumido en el mayor abandono y desesperación.

¡Oh! ¡y cuán fácil es vencer al diablo con la ayuda del Señor que nunca falta á los que debidamente la piden! Las armas principales con que combate contra el género humano, lo sabemos todos, son los pecados capitales en número de siete. Pero... ¿quién no sabe que contra estos siete pecados tenemos siempre á nuestra disposición siete hermosas virtudes?

¡Dichosos nosotros si usamos de ellas como conviene! entonces la victoria será nuestra y veremos obrarse en nosotros los mismos portentos llevados á cabo con los siete huevos del cuento. No temamos jamás á los embates del enemigo infernal que no vence sino al que quiere ser vencido. Hagámosle siempre la resistencia, oponiéndole en todo tiempo valerosamente: contra soberbia, Humildad; contra avaricia, Largueza; contra lujuria, Castidad; contra ira, Paciencia; contra gula, Templanza; contra envidia, Caridad; contra pereza, Diligencia.

LEÓN GARCÍA, C. M. F.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

Para los hambrientos de Visagapatám (India).—R. P. Rossillón
Misericordia (Vibero).—D. Antonio Fernández. . . . 5 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona.